

## ESQUEMA DE UNA BIOGRAFIA

Feliciana Merino Escalera  
CEU San Pablo, Valencia

### I. LA MUJER, EL EJEMPLO: SU MADRE

Edith Stein nace en Breslau (Silesia), actualmente Wrocław (Polonia), el 12 de octubre de 1891, día del Yom-Kippur<sup>1</sup> en el seno de una familia judía, hecho éste que la va a situar durante toda su vida unida a la suerte de su pueblo. No en vano su autobiografía<sup>2</sup> pretende aproximar a sus conciudadanos a la realidad humana judía, dando a conocer la normalidad de una familia y la fuerza de la fe de su religión, para convertirse en testimonio de una tradición frente a actitudes antisemitas que ya estaban impregnando el espíritu del pueblo alemán; actitudes, por otra parte, basadas en una imagen caricaturesca y distorsionada del concepto de persona defendido por Edith Stein en su largo recorrido hacia la verdad.

La realidad familiar prefigura toda su vida. Procede de una larga tradición de comerciantes con una fuerte conciencia religiosa y comunitaria: su bisabuelo, Joseph Burchard, durante muchos años cantor y monitor. Su bisabuela, Ernestina Prager, mujer fuerte, físicamente enve-

---

<sup>1</sup> El Yom-Kippur o día de la Reconciliación es la fiesta judía más importante, junto a las fiestas de Año Nuevo y la Pascua. La propia Edith Stein explica el significado de esta celebración: «La fiesta judía más solemne es la de la Reconciliación: el día en que una vez al año el Sumo Sacerdote entraba en el *Sancta Sanctorum* y ofrecía el sacrificio de reconciliación por él y por todo el pueblo, después de que el «Sündenbock» (chivo expiatorio) sobre el que se habían cargado todos los pecados del pueblo hubiese sido retirado al desierto», en *Ausdefeben einer jüdischer Familie*, en *Edith Steins Wecke*, VII, Herder, Freiburg-Basel-Wien 1985, pág. 46. En castellano, *Estrellas amarillas*, Ed. Espiritualidad, Madrid 1973, pág. 59. (En adelante citaremos el original por las siglas ADL y la traducción castellana por ES). El hecho de que Edith Stein hubiera nacido el día de la Reconciliación tuvo para ella y para su madre —para quien la menor de sus hijas había sido el último legado de su esposo— un significado especial, que habrá de unir sus destinos con un cariño especial. Cfr. ADL, pág. 47; EA, pág. 60.

<sup>2</sup> Debe señalarse la intención apologética de dicha obra que la autora comienza a escribir en 1933, después de su conversión al catolicismo, y que terminará durante su estancia en el Carmelo de Colonia. La propia Edith Stein da a conocer en el prólogo cuál es su intención al escribir esta autobiografía, que abarca solamente hasta agosto de 1916, es decir, su infancia -muy unida a los recuerdos de su madre-, juventud y estudios universitarios hasta la presentación de su tesis doctoral. Sobre el valor de testimonio que pretende la autora con esta obra, vid. el prólogo, EA, págs. 17-18; ADL, págs. 1-2.

jecida por el trabajo, pero activa y entusiasta hasta el final de sus días; sumida siempre en una gran pobreza y sin embargo, capaz de la generosidad más desnuda con los todavía más pobres<sup>3</sup>; una mujer «profundamente piadosa» en palabras de su hija Auguste, capaz de rezar con la mayor concentración e interioridad. Siguiendo esta tradición de mujeres, su abuela, Adelheid Burchard, de casada Courant, también debió acostumbrarse al trabajo desde muy joven. Al contraer matrimonio abre con su esposo, Salomon Courant, una tienda de ultramarinos. «Gracias a la habilidad y diligencia de ambos, al poco tiempo, el negocio iba muy bien. Todas las operaciones se decidían entre los dos, los libros los llevaba siempre la abuela. Sin preguntarle a ella no hubiese hecho el abuelo nunca nada»<sup>4</sup>. El matrimonio educó a sus hijos en la veneración y el respeto a los padres, valor transmitido por toda la cultura judía. La abuela Adelheid acostumbró a todas sus hijas al trabajo, para que ayudaran en la tienda y en la casa, de manera que entre todos pudieran hacer progresar el negocio sin dejar de atender a las necesidades familiares. Por su parte, el abuelo Salomon fue un hombre de una hospitalidad sin límites. Cariñoso con los niños, siempre tenía para sus nietos una tableta de chocolate cuando iba a visitarlos. Era divertido y ocurrente contando chistes, y a pesar de haber educado quince hijos, todavía se preocupaba por los demás, especialmente por los más necesitados.

En esta comunidad familiar la madre ocupaba un papel preeminente que era respetado por el padre y por los hijos, por lo que la influencia más notable la ejerce la madre sobre su propia hija. A decir de Waltraud Herbstrith, la señora Auguste Stein, «mujer inteligente y enérgica, legó profundas huellas de su carácter a la menor de sus hijas. Ella fue el elemento fundamental que configuró el desarrollo de Edith Stein, el centro neurálgico que le proporcionó fuerza y calor en su crecimiento»<sup>5</sup>. La señora Auguste, quinta entre los dieciséis hijos del matrimonio Courant<sup>6</sup>, habría de sufrir en sus propias carnes la fatiga de una vida cotidiana resignada y llena de sacrificio para poder alimentar a su familia. Aprendió pronto el papel de la madre como transmisora de valores, educadora y servicial para con sus hijos. Apremiada en el trabajo infatigable desde temprana edad, era activa e incansable. Cuando no tenía algo urgente en el negocio o en la casa, hacía calceta leyendo al mismo tiempo. Sus padres confiaban tanto en ella, que con ocho años la enviaban como ayuda a casa de los parientes cuando éstos pasaban por momentos de necesidad.

Tuvo que dejar la escuela a los doce años para ayudar en el hogar, aunque recibía clases particulares de alemán y francés y también sobre religión, junto con sus hermanos, impartidas por un maestro judío. Aprendían los mandamientos, leían parte de la Sagrada Escritura y recitaban de memoria los Salmos en alemán. Además, siempre fueron clases en las que se les inculcó un sano respeto por todas las religiones<sup>7</sup>.

Era aplicada y aprendía con facilidad, aunque también obstinada con lo que se proponía: «Cuando las sirvientas hacían la gran colada, se levantaban muy de madrugada. A la edad de diez años mi madre quiso aprender a lavar. Aunque se reían de ella, se levantaba con las chicas de madrugada y se iba con ellas al trabajo. Como todavía no sabía lavar, se frotaba los dedos desollándose los y los jabones de lejía le producían fuertes dolores. Ella apretaba los dientes y lo soportaba, y la próxima vez volvía a ir con ellas»<sup>8</sup>. Este fuerte temperamento lo emulaba también Edith Stein, aunque pronto lo transformaría en autodominio y flexibilidad.

<sup>3</sup> La propia Edith recuerda cómo cuando la bisabuela hacía café, que era un lujo por aquellos tiempos, solía apartar unos granos que iba juntando durante toda la semana para entregarlos los viernes a una pobre mujer, que los recibía como obsequio. Vid. EA, pág. 20; ADL, pág. 4.

<sup>4</sup> EA, pág. 21; ADL, pág. 5.

<sup>5</sup> Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro de Edith Stein*, Encuentro, Madrid 1990, pág. 25.

<sup>6</sup> En su autobiografía, Edith Stein cuenta que el matrimonio tuvo dieciséis hijos, el primero de los cuales murió siendo un bebé. Por ello sitúa a su madre en el cuarto lugar de los restantes quince hijos. Vid. EA, pág. 21; ADL, pág. 5.

<sup>7</sup> Cfr. EA, pág. 22; ADL, pág. 6.

<sup>8</sup> EA, pág. 28; ADL, pág. 12.

A pesar de ser una mujer que bromeaba, reía y cantaba, que era feliz en los trabajos caseros y cuidando de los niños, que disfrutaba cuando los hermanos y los primos la visitaban en vacaciones y que era capaz de divertirse en las grandes fiestas familiares, cumpleaños y bodas, tuvo que vencer muchas dificultades, entre ellas la pérdida de cuatro de sus once hijos en sus primeros años de matrimonio. Después de pasar unos años en Gleiwitz, donde su marido se encontraba empleado en un almacén de madera —propiedad de su madre ya viuda, Johanna Stein—, se trasladaron a Lublinitz donde, con un poco de ayuda por parte de los padres de Auguste, pudieron abrir un negocio propio. Ello supuso nuevas preocupaciones relativas a la lucha constante con que se enfrentaban a la escasez. Las dificultades económicas llevaron a la familia a trasladarse a Breslau en la Pascua de 1890, aunque también fue una decisión tomada por el bien de los hijos: porque si no lo hacían, los niños habrían tenido que abandonar la casa para ir a la Escuela Superior, y uno de los hijos, Paul, ya tenía la experiencia del sufrimiento que supone salir del hogar familiar y alojarse con los parientes para poder continuar los estudios<sup>9</sup>.

Frau Stein quedó viuda en 1893. Su marido Siegfried murió repentinamente, víctima de una insolación en medio del bosque, cuando realizaba un viaje de negocios. Tenía 50 años y dejaba tras de sí a siete hijos, -el más pequeño de los cuales era Edith Stein, con poco menos de dos años-, y todo un negocio cargado de deudas. Contra las nuevas dificultades la señora Stein no se amedrenta y, a pesar de los consejos bienintencionados de los parientes para que venda el negocio y subarriende parte de la casa, asume enérgicamente la dirección de la maderería y comienza a trabajar con la confianza puesta en Dios: «A la mañana siguiente se encontraba metida en el negocio de la madera, discutía con los carpinteros, con los arquitectos, con los suministradores, medía tablas, se subía a los carros de transporte, ayudaba a los obreros a descargar los tablones pesados. La hija del comerciante demostró un fabuloso talento comercial (...). Los colegas de Breslau pronto la llamaron, llenos de admiración, «la comerciante más hábil de todo el sector». Tanto en invierno como en verano, ella se levantaba muy temprano de la cama, atendía a sus hijos y marchaba presurosa al lugar de la madera. Tras algunos años marcados por las privaciones, el negocio se veía, por fin, libre de deudas»<sup>10</sup>.

El inmenso amor de Edith Stein hacia su madre marcó profundamente su pensamiento equilibrado en torno al tema de la mujer. Cuando Edith Stein afirma «no existe profesión alguna que no pueda ser desempeñada por una mujer»<sup>11</sup>, anticipando la convicción de que la mujer es capaz de realizar todas las profesiones imaginables, aunque siempre de una manera específicamente femenina, parece estar pensando en el ejemplo vivo de su madre<sup>12</sup>. Christian Feldmann destaca acertadamente que «esta mujer era sumamente consciente de su responsabilidad, pero no sería justo calificarla de animal de trabajo sordo y mudo. Tenía talento para los negocios, pero su corazón era bueno y sumamente sensible»<sup>13</sup>. En efecto, la señora Auguste Stein era capaz de condonar el pago de las deudas cuando los clientes pasaban por una situación apurada y no podían satisfacerlas, ayudándoles incluso en la necesidad con algún obsequio. Su espíritu de «osadía», «destreza» y «decisión» no hizo de ella una mujer insensible y apartada de las preocupaciones de sus hijos, sino que siempre estuvo presente en todas sus decisiones, aunque intentando desde la tolerancia y el respeto que ellos las tomaran por sí mismos.

<sup>9</sup> Cfr. EA, pág. 31; ADL, pág. 15.

<sup>10</sup> Christian Feldmann, *Edith Stein: judía, filósofa y carmelita*, Herder, Barcelona 1992, pág. 11.

<sup>11</sup> «Es gibt keinen Beruf, der nicht von einer Frau ausgeübt werden könnte», DF, pág. 7; LM, pág. 31.

<sup>12</sup> Así lo ha evidenciado, destacando la gran influencia materna en Edith Stein, Félix Ochayta: «Edith Stein así y admiró siempre a su madre, como madre y como mujer trabajadora o profesional. Sabía bien lo que escribía, cuando defendía, por una parte, la capacidad de la mujer para cualquier profesión, pero, por otra, la mayor adecuación de ciertas profesiones al talante femenino, «al genio» de la mujer, en frase de Juan Pablo II (...). Edith lo vivió en la vida y actividad profesional de su madre», Félix Ochayta, «María y la mujer, en el pensamiento de Edith Stein y en la «Mulieris dignitatem», en *Estudios marianos*, vol. 62, Sigüenza 1996, pág. 416. Cfr. especialmente págs. 415-419. También en *Edith Stein, nuestra hermana*, Monte Carmelo, Burgos 1991, págs. 22-24.

<sup>13</sup> Christian Feldmann, *Edith Stein: judía...*, op. cit., pág. 11.

Según Ezequiel García, «Edith heredó de su madre valores y virtudes, educación y comportamiento, amor a los suyos y respeto por el prójimo, amor a la verdad y horror al pecado, la existencia de Dios y la guarda de sus preceptos(...)»<sup>14</sup>. La joven Edith va a sufrir mucho por este respeto y amor con que venerará a su madre, especialmente en los grandes acontecimientos que marcarán a su vida un rumbo muy diferente, si bien es cierto que la unión con su madre constituye el vínculo con su pueblo, con el «nosotros» comunitario, con su origen.

La infancia de toda la familia Stein se desarrolla en un ambiente de abnegación, modestia y laboriosidad, testimoniado en la madre. La propia Edith Stein explica que no era fácil alimentar y vestir a siete hijos y que, aunque nunca pasaron hambre, la familia vivió acostumbrada a una gran sencillez y economía<sup>15</sup>. Un ambiente religioso ejemplificado por el judaísmo ortodoxo de su madre, pero en un mundo dominado por el espíritu liberal y burgués que, aunque rechazado por nuestra autora, va a ser causa suficiente para mantenerla en una relación de increencia o indiferencia respecto de la religión.

El desarrollo del carácter de Edith Stein tuvo sus peculiaridades: niña orgullosa y difícil de domeñar, no soportaba que la contradijeran y demostró siempre tener una fuerte seguridad en sí misma, poco frecuente en los niños de su edad; individualista y solitaria, de una obstinación muy temperamental, rompía a llorar si no se le concedía uno solo de sus deseos y estallaba en fuertes ataques de ira cuando no se le daba la razón<sup>16</sup>. Su inteligencia precoz y su capacidad para memorizar la convierten en una especie de niña prodigio. Una amiga de la infancia cuenta: «El que fuera precoz, siendo la más pequeña de un montón de hermanos no era de extrañar; el que leyera mucho y recibiera de sus hermanos estímulos para ello, era muy deseable; pero el que desarrollara un orgullo tan indomable, cuya tensión podía estallar en lágrimas de rabia cuando no conseguía lo que quería, eso era menos adorable»<sup>17</sup>.

Sin embargo, a los siete años, se produjo en ella un cambio sin causa aparente: su obstinación y su viveza se transformaron en un mundo interior silencioso y sosegado, soñador pero también crítico. Aprendió a domar su temperamento para hacerlo dócil precisamente por la observación en los demás de una actitud que consideraba intolerable: «No sé cómo sucedió esto, pero creo que me curaron de mi defecto el horror y la vergüenza que experimentaba al ver las explosiones coléricas de otros y el vivísimo sentimiento de una falta de dignidad que trae ese «dejarse llevar»»<sup>18</sup>. Captación de autodomínio que se muestra como claro síntoma de superación moral para consigo misma.

En 1897 comienza a estudiar en la *Viktoria Schule* de Breslau, destacando pronto entre las mejores alumnas. Devoradora de libros y con gran capacidad para el aprendizaje, la escuela se convierte en su segundo hogar, donde puede expresar su mundo interior y donde puede ser tomada en serio.

No obstante, con poco menos de quince años de edad sufre una especie de crisis. Es en el año 1906, cuando declara que desea dejar los estudios. Había terminado como una alumna brillante que tenía ante ella un futuro prometedor, por lo que su decisión fue tanto más sorprendente. «Quizás su delicada constitución y el agotamiento anímico-espiritual que de ello se derivaba, tuvieron que ver con esta inesperada decisión; quizá también el desmoronamiento de

<sup>14</sup> Ezequiel García, «La conversión de Edith Stein. La búsqueda de la verdad, fundamento de una fe», *Dissertatio ad Licentiam*, Pontificia Facultas Theologica, Institutum Spiritualis, Teresianum Romae 1978 (inédita), pág. 13.

<sup>15</sup> Cfr. EA, pág. 33; ADL, pág. 17.

<sup>16</sup> «Aquella niña de cuatro años anotaba todo en su fenomenal memoria, y protestaba airadamente cuando alguna de sus tías pretendía hacerle creer que Goethe había escrito *María Estuardo* (...). Todavía demostró peores modos cuando su madre la apuntó al jardín de infancia. «Lo consideraba indigno para mí», recordaría más tarde», Christian Feldmann, *Edith Stein: judía,...*, op. cit., pág. 9.

<sup>17</sup> Teresia Renata Posselt, *Edith Stein. Eine grosse Frau unseres Jahrhunderts*, Herder, Freiburg-Basel, Wien, 1963, pág. 10, cit. por Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., pág. 27.

<sup>18</sup> EA, pág. 63; ADL, pág. 50.

la fe judía de su infancia»<sup>19</sup>. Es demasiado arriesgado sostener que se produjo un desmoronamiento de la fe judía en una adolescente de 15 años, pues como afirma Félix Ochayta «este período más que de ateísmo está marcado de indiferencia y vacío religioso»<sup>20</sup>. Lo cierto es que la joven Edith Stein decide dejar los estudios y marchar a Hamburgo con su hermana Elsa, para ayudarla con las tareas domésticas y con sus tres niños pequeños. Su madre se muestra de acuerdo con esta decisión<sup>21</sup>. Allí permanecerá diez meses<sup>22</sup>, que serán para ella como una «etapa de juego de muñecas» hasta que decide volver a Breslau y retomar sus estudios. Su madre supone un gran apoyo para ella: «me preguntó si no tenía ninguna ilusión por nada. Yo le dije que sentía el no haber ido al *gymnasium*. Y ella me repuso que esto no debía ser ningún motivo de disgusto. Hay quienes empiezan cuando tienen treinta años, dijo. Con dieciséis no habría de ser excesivamente tarde»<sup>23</sup>. Después de pedir consejo para su hija a un pariente, Edith Stein comienza a recuperar el tiempo perdido, ocupándose al máximo en clases de latín y de matemáticas. Inicia el Bachillerato a los dieciséis años en Breslau, y gracias a su constancia en el trabajo realiza con éxito el *Abitur*<sup>24</sup> el 3 de marzo de 1911, a los 19 años de edad.

## 2. LA MUJER, LA EXPERIENCIA: LA FILOSOFÍA Y LA DOCENCIA UNIVERSITARIA

En abril del mismo año Edith Stein se matricula en la universidad de su ciudad natal, y elige como especialidades historia, germanística, psicología y filosofía. A pesar de que era la psicología la asignatura que con más ilusión esperaba, fue también la que más le defraudó. «Edith buscaba en ella la respuesta a una pregunta que le preocupaba con intensidad creciente: ¿qué es el hombre? ¿En qué se fundamenta la dignidad de su persona? Pero, en lugar de la esperada información sobre el alma humana como núcleo del hombre, encontró aquí una aburrida mecánica científico-natural: una filosofía que desterraba el alma, el espíritu y el sentido al cuarto trastero de los mitos y de las fábulas, y que derivaba todas las vivencias y mociones interiores de la percepción sensorial»<sup>25</sup>. Perdido el escaso interés por una materia limitada a estudios de estímulo-respuesta, descubre a Edmund Husserl y sus *Investigaciones lógicas*. Su lectura durante las vacaciones de Navidad del semestre de invierno de 1912-13 le deja totalmente decidida a ir a Göttingen para estudiar con el filósofo el método fenomenológico. A partir de entonces empieza un camino ascendente en busca del «ser» de las cosas. El nuevo método suponía, según manifiesta la propia Edith Stein<sup>26</sup>, un profundo cambio en la filosofía reinante bañada de neokantismo, un abandono del idealismo crítico y una vuelta al realismo, a la «cosa en sí» frente a «la cosa en relación a nosotros», recuperando con ello el caduco concepto de Ontología que había sido olvidado por empiristas, escépticos y relativistas. Husserl parecía dispuesto a reini-

<sup>19</sup> Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., págs. 32-33.

<sup>20</sup> Félix Ochayta, *Edith Stein, nuestra hermana*, op. cit., pág. 24. Son relevantes también las palabras de Christian Feldmann: «la posterior conversión de Edith al catolicismo no supuso la huida de una fe con la que estuviera verdaderamente familiarizada, sino que fue el paso desde una cierta increencia a la religión», Christian Feldmann, *Edith Stein: judía...*, op. cit., pág. 14. Existen sin embargo otros autores que sí hablan de ateísmo, como Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., págs. 32-33; Francisco Javier Sancho, *Edith Stein: modelo y maestra de espiritualidad*, Monte Carmelo, Burgos 1997, pág. 129; Teresia Renata Posselt, *Edith Stein. Una gran mujer de nuestro siglo*, Dinor, San Sebastián 1960, pág. 26.

<sup>21</sup> Cfr. EA, pág. 105; ADL, págs. 111-112.

<sup>22</sup> Tomamos el dato de su Autobiografía, a pesar de que algunos biógrafos hablan de ocho meses (por ejemplo, Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., pág. 33, también Christian Feldmann, *Edith Stein: judía...*, op. cit., pág. 15). Vid. EA, pág. 112; ADL, pág. 120.

<sup>23</sup> EA, pág. 116; ADL, pág. 125.

<sup>24</sup> Es el examen de Bachillerato o reválida, equivalente al aquí conocido como examen de selectividad.

<sup>25</sup> Christian Feldmann, *Edith Stein: judía...*, op. cit., pág. 17.

<sup>26</sup> Cfr. EA, pág. 201; ADL, págs. 219-220.

ciar de nuevo el discurso sobre la verdad objetiva y sobre la posibilidad de conocimiento del ser de las cosas: «el conocimiento parecía ser de nuevo un recibir, que obtenía su ley de las cosas y no —como en el criticismo— un determinar, que imponía a las cosas su ley»<sup>27</sup>.

Embebida de todo el segundo volumen de las *Investigaciones lógicas*, llega a Göttingen en 1913 y consigue ganarse la simpatía del profesor, que la admite en su famoso seminario sobre fenomenología. En él se encuentran los seguidores de Husserl, que luego integrarán la llamada «escuela de Göttingen»<sup>28</sup>, formada originariamente por discípulos de Theodor Lipps en München que comienzan a comentar las *Investigaciones lógicas* con él. Entre sus miembros cabe destacar a Adolf Reinach, Hans Theodor Conrad, su futura esposa Hedwig Martius, Moritz Geyger, Roman Ingarden, Johannes Hering, Alexander Koyré, Dietrich von Hildebrand y algunos otros. Este grupo se reunirá en torno a Husserl con objeto de profundizar más en esta nueva ciencia considerada como una «nueva escolástica». De ellos, Reinach es el primer habilitado para explicar lo que Husserl no es capaz de comunicar a sus alumnos<sup>29</sup>. La propia Edith Stein afirma de él con vehemencia que «tenía un gran don de gentes en contraste con Husserl, que en este punto era casi una nulidad»<sup>30</sup>.

Adolf Reinach (1883-1917) era Privatdozent de Filosofía y, para nuestra filósofa, persona de una bondad de corazón de pureza inigualable, con quien mantendría una auténtica amistad hasta que la muerte lo sorprendiera en el frente de Flandes, en 1917, con tan sólo 32 años de edad. A través de Reinach y de su esposa recibió nuestra fenomenóloga un gran impulso vital y espiritual.

En este período Edith Stein es capaz de estudiar con absoluta sobriedad y sin por ello dejar de disfrutar de la diversión propia de una juventud sana. Su afición a los bailes, las excursiones de fin de semana a la montaña y las veladas musicales en compañía de sus amigas completaron esta época universitaria<sup>31</sup> en la que, por otra parte, eran frecuentes las luchas internas: «Por aquella época mi salud no iba muy bien a causa del combate espiritual que sufría en total secreto y sin ninguna ayuda humana»<sup>32</sup>.

<sup>27</sup> ADL, pág. 220; EA, pág. 201 (la traducción, no obstante, no parece muy acertada, por lo que se ha traducido directamente del original).

<sup>28</sup> El espíritu filosófico común que dominaba a la escuela de Gotinga hacían de ella una comunidad fraterna que la filósofa recuerda con especial cariño. Ello se refleja en la amistad trabada con la mayoría de sus miembros con quienes mantendrá correspondencia durante mucho tiempo. A este espíritu comunitario parece referirse Husserl cuando en su conferencia *Die Krisis der europäischen Menschentums und die Philosophie* afirma: «Se forma una comunidad nueva e interior, una comunidad —podríamos decir— de intereses puramente ideales, entre los hombres que sirven a la filosofía y viven para ella, unidos en la entrega a las ideas, que no son sólo útiles para todos, sino que de todos son propias en igual medida. Se forma necesariamente un trabajo comunitario de tipo singular, un trabajo en el que los unos cooperan con los otros y todos trabajan para todos; se practica una crítica recíproca enriquecedora y positiva, de la que nace y es asumida como un bien común la pura e incondicionada validez de la verdad», Husserl, «La crisis de la humanidad europea y la filosofía», apéndice de la obra *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental. Una introducción a la filosofía fenomenológica*. Crítica, Barcelona 1991, pág. 344. Título original: *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, Martinus Nijhoff, La Haya 1976. Traducción castellana: Jacobo Muñoz y Salvador Mas.

<sup>29</sup> Destaca, por su claridad, su obra *Introducción a la fenomenología*, Encuentro, Madrid 1986. Título original: «Über Phänomenologie», en *Gesammelte Schriften*, Max Niemeyer, Halle 1921.

<sup>30</sup> EA, pág. 199; ADL, pág. 217.

<sup>31</sup> Sabemos incluso que durante su época de estudiante universitaria, Edith Stein pensaba en el amor y en el matrimonio: «En medio y junto a toda la entrega al trabajo yo mantenía la esperanza en lo íntimo del corazón, de un gran amor y un matrimonio feliz. Sin tener la menor idea de la fe y de la moral católica, vivía penetrada del ideal de matrimonio católico. Tenía la sensación de que entre los jóvenes con los que trataba había uno que me atraía y que él por su parte pensaba en mí como futura compañera de vida. Pero de esto apenas nadie se pudo dar cuenta y yo prefería dar la impresión de fría e inaccesible. También me agradaba mucho Hans Biberstein, pero desde el principio vi con toda seguridad que no era una posibilidad para mí, porque percibí con toda claridad la inclinación de Erna hacia él.», en EA, pág. 178; ADL, págs. 196-197.

<sup>32</sup> EA, pág. 188; ADL, pág. 207.

En su largo camino por dar respuesta a la pregunta radical sobre el núcleo de la persona humana, y con ello, al fundamento de todo ser, comienza a percibir la importancia de la problemática religiosa dentro del ámbito del conocimiento, si bien el mundo de la fe cristiana le es todavía muy extraño. El encuentro con el filósofo Max Scheler (1874-1928) en el semestre de 1913 y durante unas conferencias realizadas en Göttingen, le desvelará un nuevo camino de apertura al fenómeno de la religión que poco a poco la irá transformando<sup>33</sup>. La apertura al mundo de los valores y su radicación en la persona fue lo que cautivó a Edith Stein del filósofo. En palabras del profesor Alfonso López Quintás, este «mundo rebosante de valores es el que constituye a la persona. Scheler puso gran empeño en destacar la vertiente personal del ser humano, e interpretó la persona como una realidad que se constituye dinámicamente mediante actos de entrega a los valores, sobre todo a los más altos, en cuya cima campea, sobrevolándolos y fundamentándolos a todos, el máximo valor que es el Ser Absoluto (...) Este Scheler que hablaba vivazmente de lo eterno en el hombre, del sentido del sacrificio, de la revalorización de la virtud, de la alegría, de la esperanza, del arrepentimiento, del pudor, de la libertad, del amor, de la admiración, del temor de Dios; este hombre del que manaban las ideas más sugestivas como de un surtidor llenó el espíritu de la joven Edith Stein de profunda emoción y lo orientó hacia la realidad en toda su riqueza (...)»<sup>34</sup>.

El semestre de invierno de 1913-14 resulta una etapa de intenso trabajo, entre grandes revueltas interiores. «El taladro perforante de la duda, paralizantes sentimientos del absurdo, pero también en ocasiones una feroz lucha contra la realidad de la trascendencia que amenazaba con invadirlo todo; tales son los sentimientos y las realidades encontradas que dejaron su impronta en el camino recorrido por Edith Stein»<sup>35</sup>. Su búsqueda de claridad parecía topar con dudas cada vez mayores que le mostraban su incapacidad para ablandar los muros de la racionalidad. Ella misma lo cuenta con una fuerza vital: «Por vez primera en mi vida me encontraba ante algo que no podía domeñar con mi fuerza de voluntad (...). Frecuentemente me había vanagloriado de que mi cabeza era más dura que las más gruesas paredes, y ahora me sangraba la frente y el inflexible muro no quería ceder»<sup>36</sup>.

En este abandono interno, Reinach constituye un punto de apoyo, pues no sólo animará su iniciativa de proyecto de investigación sobre la *Einfühlung* (empatía), sino que le ofrece un punto de mira más alto en medio de todas sus dudas. «Aún no había alcanzado aquel grado de claridad en el que el espíritu puede descansar en una merecida visión, desde la cual ve abrirse nuevos caminos y avanza con seguridad. Andaba a tientas, como en la niebla»<sup>37</sup>.

En enero de 1915 realiza el examen de Estado de licenciatura en historia, propedéutica filosófica y alemán, examen que la habilita para ser profesora. Pero tras el estallido de la primera guerra mundial, la joven filósofa va a dirigir todos sus objetivos hacia un fin muy distinto. Su espíritu patriota desplaza todo lo demás, y después de realizar en Breslau un curso de enfermería para universitarias, es admitida como voluntaria en el hospital de Todos los Santos de su ciudad natal, en la planta de tuberculosos. Poco tiempo después fue aceptada en el hospital Mährisch-Weisskirchen donde eran atendidos los soldados afectados de tifus, cólera y disentería. Fue la única decisión tomada contra la voluntad expresa de su madre, que fracasó en todos sus intentos por impedir este servicio desinteresado de su hija. Durante todo este tiempo, el valor de la persona, y de la persona concreta<sup>38</sup>, cobró para ella un sentido que nunca

<sup>33</sup> «Este fue mi primer contacto con este mundo hasta entonces para mí completamente desconocido», EA, pág. 211; ADL, pág. 230.

<sup>34</sup> Alfonso López Quintás, *Cuatro filósofos en busca de Dios*, Rialp, Madrid 1989, pág. 135.

<sup>35</sup> Christian Feldmann, *Edith Stein: judía...*, op. cit., pág. 25.

<sup>36</sup> EA, pág. 226; ADL, pág. 246.

<sup>37</sup> Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., pág. 60.

<sup>38</sup> «Era el hombre concreto el destinatario de sus esfuerzos humanos y delicadezas, así como la persona humana lo era de sus investigaciones filosóficas. La coincidencia entre pensar y obrar es manifiesta», Ezequiel García, «La conversión de Edith Stein...», op. cit., pág. 43.

más olvidaría. A partir de esta experiencia, «ya no le preocupa tanto el descubrir a través de silogismos una verdad puramente conceptual que siempre la deja insatisfecha; el hombre, y el mundo que lo aloja, necesitan una explicación, pero una explicación totalitaria»<sup>39</sup>.

De vuelta a Breslau, comienza a preparar con ahínco su tesis doctoral sobre el tema de la *Einfühlung*<sup>40</sup>, que defenderá el 3 de agosto de 1916 obteniendo la calificación de *summa cum laude*. En ella se puede observar ya su interés por la antropología desde la dimensión de los valores, a través de los cuales el Otro se nos presenta, más que por la simple percepción externa, a través del espíritu, de modo que «todo avance en el reino de los valores es simultáneamente una conquista en el reino de la propia persona»<sup>41</sup>.

Tras la defensa de su tesis doctoral Husserl, que fue llamado a ocupar una cátedra en 1916 en la universidad de Freiburg (Friburgo), le propuso trabajar como asistente suya. Su principal tarea durante poco más de dos años fue la de revisar todos sus manuscritos, ordenándolos y preparándolos para la imprenta. Ordenar los argumentos y las ideas estenografiadas del maestro no era un trabajo sencillo. «Según el profesor Ingarden, sin esta ayudante que congeniaba de tal manera con las ideas del profesor, habría sido completamente impensable»<sup>42</sup>. Junto a esta labor también debía realizar unos seminarios de introducción al método fenomenológico para alumnos que todavía no se habían familiarizado con él. Durante dos años fue miembro activo en la escuela fenomenológica y en la Sociedad de Fenomenología.

La primera experiencia de la profesora Stein en su intento de acceder a una cátedra universitaria es el rechazo de su habilitación docente en 1919, por estar este ámbito todavía vedado para las mujeres. Sin embargo, siguiendo el ejemplo de su madre que no se dejaba amedrentar por nada, a las pocas semanas presentó una interpelación al ministro competente de Berlín indicándole que la pertenencia al género femenino no debía ser impedimento para desarrollar una carrera científica. Este planteamiento fue aceptado por el ministro, que decidió aprobar un decreto más moderno al respecto. Sin embargo, la filósofa Stein no recibió otra alternativa que la de empezar por su propia cuenta a dar clases de introducción a la filosofía en su casa de Breslau<sup>43</sup>.

### 3. LA MUJER, LA GRACIA: CAMINO Y CONVERSIÓN

El camino que lleva a Edith Stein a su conversión al catolicismo está plagado de contrastes y de un profundo ecumenismo, de encuentro entre distintas religiones y confesiones. Por una

<sup>39</sup> Ezequiel García, «La conversión de Edith Stein...», op. cit., pág. 41.

<sup>40</sup> Edith Stein, *Zum Problem der Einfühlung* (Dissertation), Kaffke, München 1985. Tesis doctoral publicada por primera vez en Halle, Waisenhaus 1917. Existe traducción al castellano: *Sobre el problema de la empatía*, Universidad Iberoamericana, México 1995.

<sup>41</sup> Edith Stein, *Zum Problem der Einfühlung...*, op. cit., pág. 113.

<sup>42</sup> Christian Feldmann, *Edith Stein: judía...*, op. cit., pág. 37.

<sup>43</sup> A este alejamiento del mundo universitario había contribuido, no sólo el rechazo de su habilitación docente, sino una relación con Husserl que poco a poco se deterioraba en lo profesional. Por una parte, la negativa de su maestro a que su discípula recorriera un camino independiente. Por otra, su viraje al idealismo trascendental: «Husserl colocabo nuevamente al centro de la investigación filosófica el sujeto humano, su conciencia, del que pretende originar el criterio de toda verdad. Es el problema de la así llamada «Constitución», según el cual el mundo (las cosas), así como su verdad, dependen de la conciencia del hombre; también se entiende por «Constitución» el modo con que la conciencia llega a aprehender el objeto (...) Con estas premisas las sombras del idealismo no tardan en aparecer, y la caída en el relativismo es inevitable: cada pensador tiene su conciencia y su modo de acercarse a las cosas; la verdad se subjetiviza, dejando de serlo, al poner el mundo en relación al sujeto», Ezequiel García, «La conversión de Edith Stein...», op. cit., pág. 30. Este cambio operado en la fenomenología contribuyó a la separación de sus respectivos caminos filosóficos, que no personales. Vid. Edith Stein, *Estrellas amarillas...*, op. cit., págs. 202-203. El cambio operado en la filosofía de Edmund Husserl, supuso no solo el distanciamiento de Edith Stein, sino en general de los componentes de la escuela de Gottinga. Vid. Ezequiel García, «La conversión de Edith Stein...», op. cit., págs. 29-30; también Alfonso López Quintás, *Cuatro filósofos...*, op. cit., pág. 123.



parte, el gran respeto a su tradición judaica la llevan a mantener ciertos ritos como el ayuno, o el seguir acompañando a su madre a la sinagoga. Por otra, fue el hecho de que muchas de sus amistades se hubieran convertido al protestantismo, como Hedwig Conrad-Martius —a quien no obstante eligió como madrina de bautismo—, lo que le llevó a frecuentar ambientes protestantes, que finalmente abandonó por la excesiva influencia de la política en las comunidades de esta confesión en la Alemania de principios de siglo<sup>44</sup>.

Son figuras importantes en su vida las que amplían sus horizontes. Como dice Abelardo Lobato, «por influjo de Scheler se abrió al problema religioso, y con la cooperación de los matrimonios fenomenólogos Reinach y Conrad-Martius se acercó a Cristo»<sup>45</sup>. De ese gran influjo se deriva la vivencia de diversas experiencias religiosas que la acercan al catolicismo<sup>46</sup>.

Sin duda la experiencia más dolorosa la sufre con la muerte de su amigo Reinach, en 1917, en el frente de Flandes. «Es el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, misterio de cruz y de esperanza, la ocasión casi definitiva que lleva a Edith a adentrarse, sin más miedos, en el camino de la fe, en la búsqueda definitiva de Cristo»<sup>47</sup>. Ante la petición de ayuda por parte de la viuda de Reinach a fin de preparar la publicación de los manuscritos de su difunto esposo, tiene miedo de encontrarse con una mujer absolutamente destrozada por el dolor. Sin embargo, contemplará con asombro una realidad bien distinta: una mujer que, a pesar de su dolor, rebosa esperanza y paz, plena de una fe vivida desde el misterio de la cruz, un misterio que va a romper con todas las barreras racionales de la filósofa. Ella misma explica esta experiencia que alimentó su deseo de creer: «ese fue mi primer encuentro con la cruz y con la fuerza divina que transmite a los que la llevan. Vi por primera vez la Iglesia nacida de la Pasión del Salvador, venciendo palmariamente ante mí sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que mi increencia se rompió y resplandeció Cristo. Cristo en el misterio de la cruz»<sup>48</sup>.

A partir de entonces comienza a percibir la importancia de un mundo que había descuidado por escapar al estudio y a la investigación filosófica<sup>49</sup>. Durante su permanencia en Freiburg va a captar el valioso sentido de la vida, con plena consciencia de nuestra limitación al «pedazo de vida» que aparece en la superficie<sup>50</sup>, pero desde la contemplación de las categorías de finitud y de trascendencia que desvelarán sus obras posteriores<sup>51</sup>.

<sup>44</sup> EA, pág. 260; ADL, pág. 283.

<sup>45</sup> Abelardo Lobato, *La pregunta por la mujer*, Sígueme, Salamanca 1976, pág. 178.

<sup>46</sup> En su Autobiografía Edith relata algunas de ellas: En 1916, en un viaje a Freiburg, entra con una amiga a una catedral y queda sorprendida ante la contemplación de una mujer arrodillada en un banco haciendo oración ante el altar. Esta imagen es nueva para Edith, que lo expresa así: «A las sinagogas y a las iglesias protestantes, que yo había visitado, se iba solamente para los oficios religiosos. Pero aquí alguien acudía en medio de sus ocupaciones diarias a una iglesia vacía, como para un diálogo confidencial. Esto no lo he podido olvidar nunca», EA, pág. 318; ADL, pág. 362. Otra experiencia de oración durante su estancia en Freiburg la acercan a una vivencia de la religión católica muy distinta: «A veces pasábamos la noche en la montaña. Una vez nos hospedamos en casa de un campesino en el Feldberg. Nos causó una profunda impresión el hecho de que el padre de familia, católico, hacía por la mañana una plegaria en unión de sus criados y daba la mano a todos antes de que marcharan al campo», Edith Stein, *Edith Steins Werke, X: Heil im Unheil. Das leben Edith Steins: Reife und vollendung*, Herder, Freiburg-Basel-Wien 1983, pág. 36, cit. por Félix Ochayta, *Edith Stein...*, op. cit. pág. 37. También en Heidelberg le impresiona el gesto de comunión en una iglesia compartida «que dividida por una pared, se utilizaba en una de sus mitades para el oficio protestante y en la otra para el católico», EA, pág. 319; ADL, pág. 363.

<sup>47</sup> Francisco Javier Sancho, *Edith Stein: modelo...*, op. cit., pág. 137.

<sup>48</sup> Teresa Renata Posselt, *Edith Stein, una gran mujer...*, op. cit., pág. 49.

<sup>49</sup> Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., pág. 66.

<sup>50</sup> Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., pág. 67.

<sup>51</sup> La inmersión en el conocimiento de Dios se produce tanto desde un plano intelectual como vivencial. Así lo señala Francisco Javier Sancho, que hace una relación de los escritos steinianos que durante el período de 1918 a 1921 incluyen el tema religioso, entre ellos «Psychische Kausalität» y «Individuum und Gemeinschaft», en *Beiträge zur philosophischen Begründung der Psychologie und der Geisteswissenschaften*, Max Niemeyer, Tübingen 1970 y *Eine Untersuchung über den Staat*, Max Niemeyer, Tübingen 1970. Vid. Francisco Javier Sancho, *Edith Stein: modelo...*, op. cit., págs. 139-141.

El paso a la conversión no lo hará hasta 1921. Francisco Javier Sancho explica esa resistencia en base a, entre otros motivos, «la ruptura que supondría tal paso frente a su familia judía. Con todo, la duda mayor consistía en dar el paso hacia el protestantismo o el catolicismo»<sup>52</sup>. Baste señalar, como lo hace el citado autor, que muchos de sus grandes amigos, Husserl, el matrimonio Conrad-Martius, etc., eran protestantes, y esto podía suponer una mayor proximidad hacia el protestantismo. Sin embargo, sus lecturas van a ser decisivas. A partir de entonces comienza a leer el Nuevo Testamento, las *Confesiones* De San Agustín —con las que se había familiarizado antes de la muerte de Reinach—, los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola. Relevante es también la lectura de Johann Adam Möhler<sup>53</sup>, que le clarifica en torno a las diferencias entre catolicismo y protestantismo, y del filósofo danés Sören Kierkegaard en su *Ejercitación del cristianismo*. Sin embargo, a decir de Waltraud Herbstrith, «la insistencia de Kierkegaard en el hombre solo ante Dios, su visión de la fe contemplada solo como audacia, como salto a lo desconocido, no la satisfacía»<sup>54</sup>.

La culminación de este proceso de búsqueda que le lleva a dar el paso definitivo al catolicismo se produce con la lectura de santa Teresa de Jesús. Fue durante una visita a su gran amiga Hedwig Conrad-Martius, en Bergzabern. Una tarde de verano, en julio de 1921, y en ausencia del matrimonio Conrad-Martius, Edith Stein escoge de la librería la vida de santa *Teresa de Jesús*<sup>55</sup>, y la lee de un tirón durante toda la noche. En ella descubre una verdad no científica, la Verdad del amor, de la entrega, de la unión con Dios. Tras este descubrimiento, en donde encuentra el modelo a seguir y en donde comienza su vocación religiosa por la Orden del Carmelo descalzo femenino, se prepara tanto para recibir el bautismo como para comunicar a su madre su conversión<sup>56</sup>. Finalmente, es bautizada el 1 de enero de 1922 en la iglesia de San Martín de Bad-Bergzabern, adoptando como nombre de bautismo el de Edith Teresa Hedwig en honor a santa Teresa y a su amiga Hedwig, que será su madrina por expreso deseo de Edith.

#### 4. LA MUJER, EL PROBLEMA: CONFERENCIANTE, PROFESORA Y PORTAVOZ DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Los días que siguen a su bautismo constituyen un afianzamiento de su fe y un abandono de su actividad intelectual. Durante su estancia en Bergzabern, su vocación y su entrega a la

<sup>52</sup> Francisco Javier Sancho, *Edith Stein: modelo...*, op. cit., pág. 144.

<sup>53</sup> Johann Adam Möhler, *Symbolik oder Darstellung der dogmatischen Gegensätze der Katholiken und Protestanten nach ihren öffentlichen Bekenntnisschriften*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1954 (primera edición de 1832), cit. por Francisco Javier Sancho, *Edith Stein: modelo...*, op. cit., pág. 145.

<sup>54</sup> Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., pág. 74

<sup>55</sup> Algunos autores advierten que existen dudas sobre si Edith Stein leyó la autobiografía de santa Teresa de Jesús o una simple biografía sobre su vida. Parece ser que su amiga Hedwig Conrad-Martius no recuerda haber poseído la *Vida* de santa Teresa, sino una obra escrita por M. de Villefore en 1848, en la edición de Tournai. En este sentido, vid. Ezequiel García, «La conversión de Edith Stein...», op. cit., págs. 74-75. También E. Miribel, *Edith Stein*, Plon, París 1984, pág. 60.

<sup>56</sup> Esto último debió costarle mucho a Edith Stein, que tuvo que pedir ayuda a su hermana Erna, quien comenta al respecto: «En septiembre de 1921 nació nuestro primer hijo, Susan, y Edith, que se encontraba en casa, me atendió con tacto exquisito. Ciertamente una fuerte sombra sobrevino en este tiempo, por lo demás tan feliz. Edith me confió su decisión de convertirse al catolicismo y me pidió que preparara el ánimo de nuestra madre. Yo sabía que se trataba de una de las más difíciles tareas, con las que debía enfrentarme. Bien que mi madre se había mostrado siempre muy comprensiva para todo y nos había dejado a sus hijos libertad en todas las cuestiones, sin embargo, una decisión de este tipo significaba para ella un golpe durísimo. Era, en efecto, una judía verdaderamente creyente y consideraba como una apostasía el hecho de que Edith abrazara otra religión. También a nosotros nos costó mucho, pero teníamos tal confianza en la convicción interior de Edith que, aunque con dolor, aceptamos el paso dado, una vez que hubimos intentado inútilmente disuadirla de él, en atención a nuestra madre». Félix Ochayta, *Edith Stein...*, op. cit., pág. 43.

oración se convierten en el centro de su vida. Tan totalizante es el abandono en Dios de la neoconversa. Sólo gracias a quien se convertirá en su director espiritual, Joseph Schwind, podrá de nuevo dirigir sus fuerzas al mundo:

«Progresivamente aprendí a reconocer que algo más se nos pide en este mundo y que incluso en la vida contemplativa, el legamen con el mundo no se debe romper. Creo incluso, que cuanto más profunda es la atracción que nos conduce a Dios, mayor es el deber de «salir de sí», en este sentido también, es decir, en dirección al mundo para llevar allí la vida divina»<sup>57</sup>.

En Pascua de 1923, en respuesta al ofrecimiento por parte de Joseph Schwind, accede a un puesto de profesora en el colegio de las dominicas de santa Magdalena, en Speyer (Espira), donde permanecerá hasta el 26 de marzo de 1931. A través de sus confesores, Joseph Schwind y posteriormente el abad de Beuron, Rafael Walzer, la neoconversa reanuda la actividad científica a la que acompaña de un gran esfuerzo de formación y profundización en la teología cristiana. En 1925 conoce al teólogo Erich Przywara por indicación de otro fenomenólogo, amigo de la filósofa y convertido al cristianismo antes que ella, Dietrich von Hildebrand, y con él va a mantener un intenso intercambio espiritual. Fruto de su relación con Przywara va a ser la traducción de las cartas y el diario íntimo de John Henry Newman<sup>58</sup>, así como de las *Quaestiones disputatae de veritate*, de santo Tomás<sup>59</sup>. Su inmersión en el pensamiento tomista la vuelve a poner en contacto con la intelectualidad de su tiempo, impulsándola a mantener un diálogo abierto con la filosofía moderna<sup>60</sup>.

En este período de su vida se inserta su actividad como conferenciante y portavoz de la cuestión femenina, por la que ya había mostrado un fervoroso interés en sus años de juventud como estudiante universitaria: «Por entonces todos nosotros estábamos cálidamente interesados por la cuestión femenina (...). Con frecuencia hablábamos sobre el problema de la doble vocación femenina»<sup>61</sup>. Este claro interés se reflejó en su participación, a los 22 años de edad, como miembro en la asociación prusiana en favor del voto de la mujer, durante su etapa de estudiante universitaria en Breslau. Todo ello, unido al hecho de haber sido educada en un ambiente liberal, donde la igualdad hombre-mujer era un valor creciente, y a su experiencia en problemas de educación de las chicas, nos permite afirmar que cuando retoma la problemática de la mujer, de 1928 a 1932, lo hace desde una perspectiva que da pleno sentido a sus reivindicaciones juveniles. Como dice Abelardo Lobato, Edith Stein «trata de lograr para la mujer la categoría humana, al igual que el hombre, y plantear en su justa medida la correlación al hombre (...). No es antifeminista, es profundamente femenina, defensora de la femineidad no sólo como condición corporal, sino más profundamente como estructura anímica que conforma todo el ser y el obrar. Ella lucha denodadamente por la defensa de la mujer»<sup>62</sup>.

Durante esta nueva etapa como miembro de la Unión Católica de Profesoras de Baviera, acomete el problema de la mujer con una gran altura intelectual. Abogaba por el desarrollo de

<sup>57</sup> Edith Stein, Brief 12.2.1928, en *Edith Steins Werke*, VIII: *Selbstbildnis in Briefen, 1. Teil: 1916-1934*, pág. 54, cit. por Francisco Javier Sancho, *Edith Stein: modelo...*, op. cit., pág. 154.

<sup>58</sup> Fueron publicadas en 1928: *Briefe und Tagebücher 1801-1845*, Theatiner Verlag, München 1928.

<sup>59</sup> La traducción, publicada por primera vez en 1932, se encuentra recogida en los tomos III y IV de las *Edith Steins Werke*, de 1952 y 1955 respectivamente.

<sup>60</sup> Producto de este diálogo va a ser la publicación en 1929, durante el 70 aniversario de Husserl, de un artículo que intenta conciliar la filosofía tomista con la fenomenología, «Husserls Phänomenologie und die Philosophie des heiligen Thomas von Aquino. Versuch einer Gegenüberstellung aus der Festschrift», en *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung* (Husserl-Festschrift) Niemeyer, Tübingen 1974, págs. 315-338. Recogido también en las obras completas de Edith Stein: «Was ist Philosophie? – Ein Gespräch zwischen Edmund Husserl und Thomas von Aquino», en *Edith Steins Werke*, XV: *Erkenntnis und Glaube*, Herder, Freiburg-Basel-Wien 1993.

<sup>61</sup> EA, pág. 91; ADL, pág. 96.

<sup>62</sup> Abelardo Lobato, *La pregunta por la mujer*, op. cit., pág. 177.

las capacidades individuales de la mujer en el mundo de la cultura, por el reconocimiento de su igualdad con respecto al hombre sin renunciar por ello a su «peculiaridad específicamente femenina». Con su talante consiguió dar una respuesta equilibrada a la entrada de la mujer en el mundo de las profesiones modernas. Rechazó una tipología de sexos limitada solamente al respectivo sexo, y consideró imprescindibles tres categorías fundamentales para enfocar correctamente el problema de la educación femenina: «ser humano», «ser femenino» y «ser individual». Su propuesta permite descubrir un modelo que concilia igualdad, diferencia y complementariedad desde una perspectiva que en aquel momento «sonaba todavía a música futurista y avanzada»<sup>63</sup>. Su atención al mundo de los valores femeninos no es tanto una exaltación de la femineidad cuanto una crítica a las acuñaciones de un mundo objetivante: «donde se corre el riesgo de convertirse un poco en máquina y perder algo de humanidad, el despliegue de la peculiaridad femenina puede resultar un contrapeso altamente beneficioso»<sup>64</sup>. El señalar como femeninos los valores del cuidado, la asistencia, la protección, la atención a lo “*Lebendig-Persönlichen*” (vivo y personal) no significa una reserva de valores a la mujer, sino una crítica a una visión mecanicista y alienante del mundo laboral que precisa la incorporación de valores hasta ahora vedados al mundo de lo público, desde un trabajo en común de hombres y mujeres y para un fin compartido. En un contexto marcado por la catástrofe que supuso la Primera Guerra Mundial y por la necesidad de reconstrucción socio-política, es de extrañar que Edith Stein no adopte, dadas las circunstancias históricas, una posición más visceral de feminismo radical. No aprovechó la coyuntura que da ocasión para revitalizar el papel de la mujer desde un igualitarismo extremo. Por el contrario, abogó por una igualdad que salve las diferencias, y ello desde una visión de total complementariedad con el varón en la construcción del mundo.

Todo esto es lo que intentó transmitir Edith Stein durante las conferencias que le organizó el teólogo Erich Przywara a partir de 1928, ofrecidas en Alemania y también en otros países europeos, desde una «maternidad» universal no reducida al estrecho círculo de los parientes de sangre o de las amistades personales<sup>65</sup>.

Tras abandonar su actividad en Speyer, el Instituto alemán de pedagogía científica de Münster le ofrece un puesto de docencia sobre cuestiones relacionadas con la formación de la mujer. Edith había solicitado nuevamente la habilitación docente en la Universidad de Freiburg y en Breslau entre 1930-31, y nuevamente había sido rechazada, no sólo por su condición de mujer, sino también por ser judía, siendo el ambiente antisemita cada vez de mayor intensidad y envergadura. Decide, pues, aceptar el puesto en Münster, que había sido considerado como proyecto piloto de pedagogía católica, continuando así con su trabajo acerca de la cuestión femenina, lo cual le permitió elaborar planes de reforma sobre la formación de las mujeres desde la defensa de una pedagogía que incluyera los aspectos fundamentales de la idea newmaniana de universidad, a saber: la dimensión integral, la dimensión comunitaria y la orientación religiosa última<sup>66</sup>. Sin embargo, este nuevo plan de actividades se verá truncado en febrero de 1933 cuando, con el triunfo del nacionalsocialismo, el gobierno dicta una ley por la que se prohíbe a los judíos ocupar cargos públicos, viéndose obligada a renunciar a su puesto de trabajo..

<sup>63</sup> Christian Feldmann, *Edith Stein:...*, cit., pág. 66.

<sup>64</sup> «wo jeder in Gefahr ist, ein Stück Maschine zu werden und sein Menschentum zu verlieren, kann die Entfaltung der Weiblichen Eigenart zum segensreichen Gegengewicht werden», DF, pág. 8; LM, pág. 33. DF= *Die Frau Ihre Aufgaben nach Natur und Grade*, en *Edith Steins Werke*, v, Nauwelaerts-Herder, Louvain-Freiburg 1959. CM= *La mujer. Su papel según la naturaleza y la gracia*, Palabra, Madrid 1998.

<sup>65</sup> DF, pág. 217; LM, págs. 331-332.

<sup>66</sup> Aspectos analizados detenidamente por el profesor August Monzon en «La idea d'universitat de John Henry Newman», en *Newman. Idees - documents - estudis* 21 (1997), págs. 11-19. El artículo de Newman, *The Idea of a University*, había sido traducido por Edith Stein en el Instituto de Pedagogía en Münster, encontrándose actualmente en el *Archivum Carmelitanum Edith Stein*. Así lo hace constar Lucy Gelber en la «Introducción» a la edición de *Die Frau...*, op. cit., pág. VI.

## 5. LA MUJER, PLENITUD: UNIDAD DE RAZÓN Y FE. CARMELITA Y MÁRTIR

La vocación carmelita que había manifestado desde el momento de su conversión, comienza a adquirir consistencia. Edith Stein prepara su entrada en el Carmelo, y el anhelo tan largamente esperado frenado en su momento por el consejo de su guía espiritual, se hace realidad ante sus ojos, ante la resignada paciencia de sus familiares y el terrible dolor de su madre<sup>67</sup>.

Su entrada en el Carmelo de Colonia tiene lugar el 14 de octubre de 1933 y se prolonga hasta el 31 de diciembre de 1938, fecha en que la cruda realidad del nacionalsocialismo y la persecución nazi la llevan a desplazarse al Carmelo de Echt, en Holanda. Allí permanecerá hasta que, el 2 de agosto de 1942, Edith Stein y su hermana Rosa, recientemente conversa, son arrebatadas de la clausura y trasladadas por las SS a Auschwitz donde mueren en la cámara de gas el 9 de agosto 1942, junto con otros muchos judíos conversos. Con ello, el nacionalsocialismo tomaba represalias contra la actitud mantenida por las autoridades eclesiásticas holandesas. Ante la invasión de las tropas alemanas en Holanda y la masiva persecución de la población judía holandesa, los obispos de Holanda dirigieron al comisario del Reich una protesta unánime contra la deportación de los judíos. Ante el silencio de las autoridades alemanas, la carta pastoral, enviada por telegrama el 11 de julio de 1942, es leída el 26 de julio en todas las parroquias holandesas. De esta manera, y como afirma Emilia Bea, la «represàlia no es faria esperar i, «ja que els bisbes s'han clavats on ningú no els cridava», tots el jueus catòlics serien també deportats»<sup>68</sup>.

Su entrada en el Carmelo no supone, aunque pudiera parecerlo, una ruptura respecto a su etapa anterior<sup>69</sup>. En total convivencia dentro de la comunidad, mantiene sus preocupaciones filosóficas en torno al tema de la persona, que compatibilizará con las actividades litúrgicas y domésticas y con sus deberes como novicia.

Teresa Benedicta de la Cruz, que así es como se hace llamar en la toma de hábito en abril de 1934, «es un ejemplo visible de cómo se puede unir integralmente ciencia y fe, cuando el único objetivo de la existencia es la búsqueda de la verdad»<sup>70</sup>. La unidad de fe y cultura, de inteligencia natural y sobrenatural, es para ella nada más que la fidelidad a la verdad, confirma la capacidad de búsqueda ya sea a través de la razón, ya sea trascendiendo los límites de la inteligencia natural para aventurarse en el camino de la fe. Edith Stein da plenitud de sentido a una vocación personal que comprende el alcance de la dignidad humana desde la perspectiva del Amor, del Amor a Cristo.

Precisamente es el valor de la dignidad personal, el valor de toda vida humana, lo que va a conducir a Edith Stein al martirio por el pueblo de Israel, al que se sentía más unida que nunca desde su conversión al cristianismo y no por sincretismo, sino por el «reconocimiento de que en Cristo se cumplen las promesas hechas al pueblo elegido por Dios»<sup>71</sup>.

Declarada mártir, beatificada por el Papa Juan Pablo II el 1 de mayo de 1987 y canonizada el 11 de octubre de 1998, Edith Stein es un ejemplo de vivir la solidaridad hasta la muer-

<sup>67</sup> El último día que pasa Edith en casa es el día de su cumpleaños, y acompaña a su madre a la sinagoga. Después, vuelven a casa paseando y dialogando: «Aquella noche ninguna de las dos encontró descanso», Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., pág. 140, citando a Teresa Renata Posselt, *Edith Stein. Una gran mujer...*, op. cit., pág. 108.

<sup>68</sup> Emilia Bea, «Edith Stein», en *Saó* 68 (1997) pág. 16; vid. también Waltraud Herbstrith, *El verdadero rostro...*, op. cit., pág. 16.

<sup>69</sup> Un análisis en profundidad de la evolución espiritual de Edith Stein y de su significación la encontramos en Francisco Javier Sancho, *Edith Stein: modelo...*, op. cit., págs. 175-216. Asimismo, esta obra recoge la tradición literaria del Carmelo, su recepción en Alemania en tiempos de Edith Stein y un profundo análisis pormenorizado de la espiritualidad del Carmelo Teresiano en cuyo contexto se insertan las aportaciones steinianas.

<sup>70</sup> Félix Ochayta, *Edith Stein...*, op. cit., pág. 91.

<sup>71</sup> Félix Ochayta, *Edith Stein...*, op. cit., pág. 87.

te<sup>72</sup>, compartiendo con su pueblo judío el amargo final de una comunión entre cristianos y judíos, siendo éste el sentido de su idea de expiación, la idea de un sufrimiento redentor por el que «el siervo doliente de Dios lleva a costas la culpa del mundo»<sup>73</sup>. Ello la convierte en una nueva Ester<sup>74</sup>, en una «síntesis dramática de nuestro siglo», como el Papa la caracterizó durante la homilía celebrada con ocasión de su beatificación. Su muerte constituye «un signo de reconciliación entre el pueblo judío y el nuevo pueblo de Dios»<sup>75</sup>, ofrecido como testimonio de salvación no sólo del pueblo al que estuvo unida, sino de todos los hombres y por la paz verdadera<sup>76</sup>.

---

<sup>72</sup> Baste señalar que Edith mostró su solidaridad haciendo todo cuanto estuvo en sus manos por sus hermanos de raza, entre otras cosas, en 1933 envió por escrito al Papa Pío XI una petición para que promoviera un proyecto de encíclica contra el racismo y el antisemitismo. La muerte del Papa en 1939 impidió que se llevara a cabo. Vid. Félix Ochayta, *Edith Stein*, ..., cit., pág. 87.

<sup>73</sup> Christian Feldmann, *Edith Stein*:..., cit., pág. 124. También Emilia Bea, para quien la «idea jueva de representación vicaria es entesa per Stein en el context de la Creu de Crist com la seua expressió definitiva», op. cit., pág. 16.

Sin embargo, el debate sobre el sentido de la expiación y del martirio en una muerte que tuvo lugar por motivos raciales y no religiosos sigue planteando muchos interrogantes. Vid. Kenneth L. Woodward, «Edith Stein y la transformación de una santa», en *La fabricación de los santos*, Ediciones B, 1991, págs. 163-174; también Félix Ochayta, *Edith Stein*, ..., op. cit., págs. 86-89.

<sup>74</sup> En una de sus cartas, escribe: «Y es por eso que el Señor ha tomado mi vida por todos. Tengo que pensar continuamente en la reina Ester que fue arrancada de su pueblo para interceder ante el rey por su pueblo. Yo soy una pobre e impotente pequeña Ester, pero el rey que me ha escogido es infinitamente grande y misericordioso. Esto es un gran consuelo», Edith Stein, *Briefe 31.10.1938*, en *Edith Steins Werke IX: Selbstbildnis in Briefen, 2. Teil: 1934-1942*, pág. 121, cit. por Francisco Javier Sancho, *Edith Stein: modelo...*, op. cit., pág. 215. Se trata de Ester, figura bíblica del Antiguo Testamento, a quien Edith Stein dedicó una representación teatral con el nombre *Diálogo nocturno*, en la que relata su historia de una manera sencilla. Vid. Edith Stein, *Obras selectas*, Monte Carmelo, Burgos 1997, págs. 573-581. Traducción a cargo de Francisco Javier Sancho.

<sup>75</sup> Félix Ochayta, *Edith Stein*, ..., op. cit., pág. 89.

<sup>76</sup> Recogido en su testamento espiritual (Carta 23-3-39), en *Edith Steins Werke, XII: Ganzheiliches Leben*, Herder, Freiburg-Basel-Wien 1990. Traducción castellana: «Testamento», en Edith Stein, *Obras selectas*, Monte Carmelo, Burgos 1997, pág. 217.